


Máximo Gorki

Los caminos de mi vida

El novelista ruso Máximo Gorki, que vive actualmente en Italia, no ha cesado en su actividad intelectual. En un número reciente de una revista francesa hemos encontrado el comienzo de una serie de cuadros novelescos que el genial escritor eslavo ha escrito en los últimos años. No hemos podido resistir al deseo de ofrecer a los lectores de ATENEA la primicia de la traducción de unas cuantas páginas de este nuevo libro.

INVESTIGADOR

 ERCA de dos meses antes de su muerte, L. N. Sviatuchin me contó lo siguiente:

—De todos los asesinos que pasaron frente a mí durante trece años, sólo el carretero Merkulof me inspiró un sentimiento de terror ante el hombre y por el hombre. Por lo general el asesino es un ser irremediablemente estúpido, un sub-hombre, incapaz de darse cuenta de su crimen, o bien un malhechor astuto, un zorro que chilla al caer en la trampa, o sólo un miserable amargado, importunado por los sinsabores. Pero en cuanto Merkulof apareció frente a mí, sentí algo particularmente insólito.

Sviatuchin cerró los ojos, llamando a sus recuerdos.

—Era un gran mujik, de anchas espaldas, de unos cincuenta

años; tenía un hermoso rostro flaco, de esos que se llaman rostros de icono. Una larga barba gris, cabellos rizados igualmente de color gris, placas de calvicie que comenzaban en las sienes. En el medio de la frente un tupé que se levantaba airosamente como un cuerno; contrastando con este tupé, sus ojos grises, inteligentes, profundos.

Exhalando penosamente un tufo cadavérico—el juez del crimen moría de un cáncer al estómago—Sviatuchin arrugó nerviosamente su cara terrosa y sufriente.

—Sobre todo me turbó esa expresión de piedad en la mirada: ¿de qué procedía? Y mi indiferencia de magistrado desapareció para dar lugar a una inquietud curiosa que para mí era nueva y desagradable.

«Respondió a mis preguntas con la voz sombría de un hombre que no tiene la costumbre o el gusto de hablar mucho. Sus respuestas eran breves, precisas; parecía claro que Merkulof estaba dispuesto a hacer declaraciones sinceras. Yo le dirigí palabras que no le había dicho a ningún otro acusado.

—«Usted tiene cara de bueno, Merkulof; no parece ser bandido.

«Entonces, como si hubiese estado de visita, tomó una silla, se echó sobre ella, apoyó las manos en las rodillas y me habló sin detenerse; se habría dicho—es una comparación tonta—que tocaba la cornamusa: la cornamusa tiene un largo cañón sordo, como un bajo.

—«Tú crees, barin *, que porque yo había matado debía ser una bestia salvaje, ¿verdad? No; no soy una bestia y, puesto que lo deseas, te contaré mi vida.

«Y habló, tranquilo, resignado, como los asesinos jamás hablan de sí mismo, sin justificarse, sin tratar de apiadarme».

El juez de instrucción hablaba lenta e indistintamente; sus labios rugosos, cubiertos de una especie de velo gris, se movían con trabajo; a menudo los mojaba con una lengua negruzca, mientras cerraba los ojos.

* Señor, en ruso.

—Quisiera recordar sus propias palabras, que tenían un peso particular. Eran palabras que golpeaban, y su mirada, llena de piedad, también me oprimía. Entiéndame bien: no era una mirada triste sino lastimera. Era ella la que me preguntaba. Y sin embargo, entonces yo tenía aún buena salud...

La primera vez mató en las circunstancias siguientes: una tarde de otoño llevaba a los muelles algunos sacos de azúcar granulada, cuando descubrió que tras de la carretela iba un hombre que había roto uno de los sacos y sacaba de él puñados de azúcar que echaba en sus bolsillos y bajo su camisa. Merkulof se lanzó encima de él y le pegó en la sien; el hombre, entonces, cayó.

—«Hasta le di un puntapié y le quité el saco, pero el hombre seguía echado a mis pies, con la cara en alto, los ojos vueltos y la boca abierta. Tuve miedo, me agaché y le tomé la cabeza: estaba pesada como un adoquín y rodaba de una mano a la otra; los ojos parecían guiñar y la sangre que corría de sus narices me ensució las manos. Entonces me levanté y grité: «Lo he matado».

«Merkulof fué conducido a la policía y luego a la cárcel.

—«Estoy en la prisión, rodeado de criminales, y todo me parece verlo a través de la niebla. No entiendo nada, tengo miedo. No duermo y no puedo comer ni una migaja de pan, porque me pregunto: ¿pero qué es lo que ha pasado? Un hombre caminaba por la calle, yo le pego una bofetada ¡y el hombre se acaba! ¿Qué es esto? ¿Dónde está el alma? Porque no era ni un cordero ni una vaca, sino que seguramente creía en Dios y, aunque tenía otro carácter, era semejante a mí mismo. Y yo he roto mi vida: lo he muerto como si fuese un animal. ¡A mí también se me podría dar un golpe y esto habría terminado! Estos pensamientos me dan tal miedo en la noche, que siento al pelo apretarme la cabeza.

«Mientras hablaba, Merkulof me miraba fijamente y, aunque sus ojos claros estuvieran inmóviles, me parecía ver en sus pupilas grisáceas la luz de sus terrores nocturnos. Había juntado las manos, las había escondido entre sus rodillas y las apretaba

con fuerza. Su asesinato involuntario no le mereció sino una pena leve: se puso fin a la prisión preventiva y se le envió a hacer penitencia a un convento.

—Allá—agregó Merkulof—se colocó junto a mí a un viejo fraile para que me enseñara cómo se debe vivir. Era un viejecito muy amable y que hablaba de Dios sin cesar. Muy bueno. Era para mí como un verdadero padre y siempre me decía: «hijo mío, hijo mío». Yo lo oía, y de vez en cuando le preguntaba: «Bueno, por Dios, ¿por qué el hombre es tan poco sólido? Tú, por ejemplo, padre Pablo, tú amas a Dios y sin duda Dios también te ama. Pero yo puedo darte un golpe y matarte como una mosca. ¿Qué será de tu alma tan amable? Luego lo principal no está en tu alma sino en mi mal pensamiento: puedo matarte a cada instante. Y, en el fondo, yo no tengo tan mal pensamiento: puedo matarme muy afectuosamente, rezando antes. Explicame esto». Pero él no podía explicármelo, y me decía siempre lo mismo: «Es el demonio el que despierta la bestia dentro de ti; él es el que te inquieta». «Yo le respondía: «Es igual que me inquiete o no; enséñame cómo hacer para no sentir más inquietud. No soy un animal, nada hay de bestial en mí, pero mi alma tiene miedo de sí misma». «¡Reza hasta agotarte!» me dijo. Yo recé y llegué a secarme: mis sienes empezaron a blanquear, y no tenía más que veintinueve años. Los rezos no llegaron a vencer mi miedo; hasta cuando rezaba continuaba pensando: «¿Pero qué es lo que hay en esto, Señor? Puedo en un momento hacer morir a cualquiera y otro cualquiera puede matarme cuando desee. Me duermo, y alguien me pasa un cuchillo por el cuello o me golpea la cabeza con un ladrillo o con un palo. ¡Y de tantas otras maneras!

«Estos pensamientos no me dejaban dormir: tenía miedo. Al principio me acostaba con los novicios. Una vez que uno de ellos, en la noche, se agitaba, me levanté y grité: ¿Quién es el que se mueve? Quédense tranquilos, especie de...» Todos tuvieron miedo de mí y yo tenía miedo de todo el mundo. Como se quejaron de mí, fui enviado a la caballeriza con los caballos. Allí estuve más tranquilo: el caballo es un animal que no

tiene alma. Pero, a pesar de esto, no dormía sino con un ojo; tenía miedo».

«Terminada su penitencia, Merkulof volvió a su oficio de carretero. Vivía fuera de la ciudad, en casa de unos hortelanos, pobre y aislado.

— «Vivía como en sueños—me decía—siempre silencioso, evitando las gentes. Los carreteros me preguntaban: «¿Por qué estás tan triste, Iván? ¿Te preparas para entrar al convento?» ¡Mucho me preocupaba yo del convento! En el convento también hay hombres y donde haya hombres existirá el miedo. Yo los miraba a todos y me decía: «¡Que el Señor os proteja! Vuestra Vida es frágil, no tenéis ninguna defensa contra mí y yo no la tengo contra vosotros». Imagínate, barin, cómo sería mi vida con ese peso en el alma».

El juez suspiró y colocó una pequeña cocaña de seda negra sobre su cráneo desnudo y mate como un hueso viejo.

—Al decir esto, Merkulof sonrió, y esta sonrisa inesperada, sin ajuste, torció, desfiguró de tal modo su bello rostro, que yo pensé: «Seguramente es un bruto. Y de cierto con esta misma sonrisa ha muerto a sus víctimas». Me sentí incómodo cuando continuó con algo de despecho:

— «Yo pasaba entre las gentes como una gallina con un huevo, pero el huevo estaba huero, bien lo sabía yo. Estaba a punto de reventar dentro de mí, ¿y entonces qué iba ser de mi alma? Yo no lo sabía, ni llegaba siquiera a imaginármelo, pero comprendía que esto debía ser muy espantoso.

«Le pregunté si había pensado en el suicidio. Después de un instante de silencio, alzando las cejas, respondió:

— «No me acuerdo; creo que no pensé en él ni una sola vez.

«Y a su turno me preguntó, muy sorprendido y, al parecer, sinceramente:

— «¿Cómo no he pensado en él? Es curioso...

«Se dió un golpe en las rodillas, miró a un rincón y gruñó como si se le hubiera hostigado:

— «Mira, señor: yo no quería libertar mi alma. Estaba demasiado torturado por su curiosidad para los hombres, por su

molesta cobardía. Me había olvidado de mí mismo. Durante ese tiempo, ella calculaba: «Si se mata a éste, ¿qué sucederá?». Sí, ella calculaba.

«Dos años después, Merkulof mató a la hija medio loca del hortelano. Me contó este asesinato en términos confusos; sin duda no comprendía él mismo los motivos de su crimen. Según decía, la chica era idiota:

— «Tenía eclipses de la razón; de repente dejaba de hacer los arriates, de escardar la tierra, y se iba no sé a dónde, con los ojos vueltos, sonriendo, como si alguien invisible la atrajera a sí. Chocaba con los árboles, con las palizadas y con los muros, como si quisiera pasar a través de ellos. Un día caminó sobre un rastrillo, desgarrándose el pie; la sangre le corría, pero ella seguía andando, sin sentir nada, sin hacer siquiera un gesto. Era una muchacha fea y gorda, pero crapulosa por su tontería. Corría detrás de los hombres, que naturalmente se aprovechaban de su locura. Lo que me tentaba era que no le pasaba nada: podía rodar a un pozo o caerse del techo, no se hacía nada. Otra se habría roto un brazo y molido los huesos, pero ella, nada. Se habría dicho que no andaba sobre la tierra. Naturalmente, estaba cubierta de cardenales, de mataduras, pero era de una solidez extraordinaria. Cualquiera habría dicho que estaba sólidamente protegida... La maté en público. Un domingo estaba sentada en un banco, cerca de la puerta, cuando se puso a hacerme arrumacos indecentes. Entonces le asesté un palo. Miré: estaba muerta. Me senté en la tierra junto a ella y hasta lloré. ¿Qué quiere decir esto, Señor? ¡Qué debilidad, qué abandono!»

«Me habló largamente, con sordas palabras, como si delirara, de la debilidad del hombre, y un miedo siniestro alumbraba su mirada. Su rostro de asceta se ensombreció, mientras me decía entre dientes:

— «Piensa, barin, que en este mismo momento yo puedo matarte. ¿Piensas en esto? ¿Quién lo impediría? ¿Dónde está la prohibición? No hay ninguna, no hay nada...

«El asesinato de la muchacha le costó a Merkulof tres años

de prisión; según él la levedad de la pena se debía a que había sido bien defendido. Sin embargo, denigró violentamente a su defensor:

— «Era un joven charlatán desgreñado. Siempre gritaba: «¿Quién puede decir algo malo de este hombre? Ninguno de los testigos ha dicho una palabra. En cambio, la víctima era una loca y una perdida». Los defensores son una tontería. Desfiéndanme antes de la falta, pero cuando ya la he cometido, no necesito defensa alguna. Agárrenme cuando me detenga, porque si me pongo a correr, correré hasta que caiga, si... La prisión es también tontería, holgazanería, caos. Al salir de la cárcel yo estaba como dormido, no entendía nada. La gente va y viene, a pie, en coche, trabaja, construye casas, y yo no pienso sino en una cosa: «Puedo matar a cualquiera y cualquiera me puede matar a mí». Tenía miedo; parecía que mis brazos se agrandaban, se agrandaban continuamente, hasta llegar a ser como algo ajeno a mí. Me dediqué entonces a beber; no podía más y eso me entonaba.

«Cuando había bebido, lloraba. Me iba al rincón más sombrío y me ponía a llorar; ya no era un hombre sino un loco, ya esa no era vida. Cuando bebía no me embriagaba, pero cuando no había bebido, estaba peor que un borracho. Me ponía entonces a rugir, le rugía a todo el mundo y hacía huir a los hombres, pero tenía miedo de ellos. Siempre me decía: «¿Este me matará a mí o yo lo mataré a él?». Y estaba en la tierra como una mosca en un vaso: el vaso va a estallar y yo voy a caer rodando quién sabe a dónde.

«A mi patrón lo maté por la misma razón: por curiosidad. Era un hombre alegre, simpático y de una audacia extraordinaria. Un día que había habido un incendio en casa de nuestros vecinos, él se había conducido como si hubiese sido inmortal, había entrado derecho al fuego a buscar a la nodriza y después había entrado otra vez a las llamas para coger una petaquita por la cual ella lloraba. Era un hombre feliz. ¡Dios le tenga en su santa gloria! Lo que es torturarlo, a éste lo torturé. A los otros dos los maté de un solo golpe, pero a

éste lo atormenté un poco: quería saber si tenía miedo. Pero era débil y ligerito se ahogó. Al oírlo gritar, las gentes corrieron, me golpearon y me amarraron. Yo les decía: «No son los brazos sino el alma lo que hay que coger, imbéciles».

«Terminado su relato, Merkulof secó con la mano el sudor de su frente y me dió calurosamente este consejo:

—«Condéname con severidad, Nobleza, condéname a muerte; de otra manera... Ni en el baño* podré vivir con hombres. Quiero demasiado a mi alma y ella me disgusta, y también tengo miedo de volver a tentarla y los otros sufrirán por esto... Suprímeme, barin...»

El juez, frunciendo sus ojos mortecinos, me dijo:

—Se suprimió él mismo: se estranguló. Y de un modo extraordinario: con sus propias cadenas, ¡el diablo sabe cómo! Yo no lo ví; el procurador me lo contó: ha sido necesaria, al parecer, una gran fuerza de voluntad para matarse de una manera tan dolorosa y tan incómoda. Esa es la palabra: incómoda...

Luego, cerrando los ojos, el juez murmuró:

—Yo fuí sin duda quien inspiró a Merkulof la idea del suicidio... He aquí, querido, un simple mujik, ya veis... Sí...

UN ESCRITOR FRACASADO

Una noche, en un cabaret muy pobre, en medio de la masa humosa de gentes alegres y medio ebrias, un hombre joven, pero gastado por la vida, me dijo:

—El telegrafista Malachín es el que me perdió.

Bajó la cabeza tocada con un *jockey* ajado, miró bajo la mesa, movió su pierna coja, levantándola con las manos y lanzó un suspiro ronco y prolongado.

—Sí, el telegrafista Malachín. Las muchachas lo llamaban Malacha. Era bajo, esbelto, de mejillas sonrosadas, ojos pardos,

* Prisión rusa, generalmente ubicada en Siberia.

ensombrecidos por las pestañas, y manos de mujer. Era de esos hombres hermosos como los de los grabados. Alegre, amable con todos, era muy bien visto y hasta querido en nuestra pequeña ciudad donde tres mil quinientos habitantes holgaban sin concretarse a las obligaciones más triviales. A los veinticinco años, yo estaba tan penetrado por el aburrimiento de la vida, que mi alma estaba como muda. La sosegada agitación de la gente me irritaba mucho y hasta me horrorizaba. No comprendía el sentido de ella, y todo lo miraba con perplejidad. Un día escribí, sobre esto, una novela, «Cómo vive la gente». En cuanto la terminé, envié el manuscrito a una revista. Esperé la publicación durante ocho días, un mes, dos meses; después no pensé más en ello: ¡esas cosas no han sido hechas para nosotros!

«Tres meses más tarde, y hasta quizás más, me encontré con Malachín que me dijo:

— «Tengo una tarjeta para ti.

«Y me tendió una tarjeta postal donde se leía: «Su novela es cansada y no se la puede considerar como un éxito; pero usted revela poseer condiciones. Envíe otra cosa».

«¿Necesitaré decirle lo contento que me puse? Malachín me dijo amablemente que la tarjeta estaba en su poder hacía tres días... «La había recogido por casualidad en el correo para traértela, pero siempre se me olvidaba. ¿Entonces tú escribes novelas? ¿Aspiras a ser un conde Tolstoy?»

«Nos reímos y luego nos separamos. Pero esa misma tarde, cuando volvía a casa, el diácono, asomado a la ventana de su casa, me gritó:

— «¡Eh, escritorzuelo, yo te...!

«Y me amenazó con el puño cerrado. En mi alegría, no hice caso de su gesto. Sabía que era un ser fantástico; en su juventud, se le había puesto entrar a la Ópera, pero no había podido ser sino jefe de coro en el obispado y no podía hacer una carrera en provincias por su amor a la libertad de acción. Bebía, y cuando estaba borracho se entretenía en partir nueces con la frente. En su bolsillo llevaba una cajita de fierro con agujeros

en los cuales introducía, en el verano, ranas, y en el invierno, ratones. Llegado el momento oportuno, soltaba los bichos en el cuello de las señoras. Se le perdonaban estas diversiones por su alegre carácter y porque conocía de manera sorprendente las costumbres de los peces. ¡Era un pescador maravilloso! Pero él mismo no comía pescado: tenía miedo de ahogarse con una espina. Todos los que cogía se los daba a sus amigos, con lo cual aumentaba grandemente la simpatía que se tenía por él.

«Yo estaba entonces muy contento. En esa época era un joven modesto, de carácter melancólico, sin que hubiera nada de hermoso en mi figura».

Apretó entre sus labios las guías de su bigote ralo y descolorido, cubriendo a medias el blanco amarillento de sus ojos cansados, y con mano temblorosa se sirvió un vaso de vodka. Sus mejillas fofas estaban abundantemente surcadas por una complicada red de venitas rojas, y su nariz violácea de borracho descendía tristemente sobre su bigote. El vodka no lo excitaba. Refunfuñaba difícilmente y hablaba como si estuviese dormido:

— «Me sentí hermoso y creí ser un personaje importante. Tenía por qué: ¡poseía singulares condiciones! Mi alma cantaba como una alondra. Me puse a escribir duro y parejo; escribía noches enteras. Las palabras manaban de mi pluma. ¡Qué alegría! Observé que los vecinos comenzaban a mirarme con atención especial. ¡Ah! ¡Ah!—pensaba yo.

«Malachin hizo invitarme a casa del gobernador, que tenía una hija muy viva. Había también otros jóvenes. Se interesaron por mí y me preguntaron:

— «¡Ah! ¿Ud. escribe? ¿Desea una tacita de té? ¿Con azúcar?

— «¡Oh, oh!—me decía yo,—¿hasta con azúcar?» Revolví el té con una cuchara y tomé un sorbo. ¿Pero qué es esto? Estaba salado, salado hasta ser amargo como para causar náuseas. Pero, por discreción, continué bebiendo. Y de repente, he aquí que todos se largan a reír en coro. Malachin, interrumpiendo sus carcajadas, me dijo:

— «¿Qué significa esto? Un escritor debe saber distinguir

todas las cosas, y tú no puedes siquiera distinguir el azúcar de la sal. ¿Qué es eso?

«Yo me sentía confundido y me acoquiné.

— «Es una broma por cierto—musité.

«Ellos reían a más y mejor. Después me rogaron que les dijera versos—yo también me había ensayado en la lírica; Malachin lo sabía.—Ellos me decían:

— «Los poetas recitan siempre versos cuando están de visita. Usted debe hacerlo también.

«Pero entonces el hijo del notario, un muchacho mofletudo, intervino:

— «Sólo los militares hacen buenos versos.

«Las niñas trataron de probarle que se equivocaba y yo entonces me fugué discretamente.

«Desde ese día todo el pueblo se puso a acosarme como si fuese un perro vago. El domingo siguiente me encontré al diácono; llevaba sus cañas de pescar y andaba escarbando como un elefante monstruoso.

— «Párate—me gritó.—¿Tú escribes, imbécil? Yo, durante tres años, me preparé para entrar a la Opera y, en suma, no cabe comparación entre tú y yo. Y tú ¿qué eres? ¡Una mosca! Moscas como tú no hacen sino ensuciar el espejo de la literatura; canalla...

«Y me insultó de tal modo que me sentí arrebatado de cólera.

— «¿Qué debo hacer?—me decía.

«Poco después, mi tía—yo era huérfano y habitaba en casa de una tía—me preguntó:

— «He oído decir que tú escribes. Debías dejarte de eso; ya es tiempo que te cases.

«Traté de explicarle que no había en eso nada de reprehensible, que hasta condes y príncipes había que escribían y que, en general, era una ocupación correcta, distinguida; pero ella rompió a llorar, gritando:

— «¡Por Dios, Señor! ¿Y quién te ha enseñado eso, bandido?

«En cuanto a Malachín, no hacía más que hablarme en la calle, y me decía:

— «Buenos días, conde Tolstoy menos un cuarto.

«Había compuesto una estúpida canzoneta que la juventud de la aldea cantaba al verme:

Todos los pajarillos, todos los canarios
cantan de manera encantadora
aun cuando no se les dé
ni un kopek por su canción...

«Vamos—me decía yo—: he aquí el abejorro que ha caído en la pezuña del caballo».

«Se burlaban en tal forma de mí que no me atrevía a salir a la calle. Sobre todo el diácono. Había llegado a ser feroz; a cada instante esperaba que me moliera a golpes.

— «Yo—rugía—he trabajado tres años y tú, canalla...

«En la noche, sentado junto al río, yo reflexionaba:

— «¿Qué es lo que tienen conmigo? ¿Por qué?

«Abajo, junto al río, había un lugar solitario, un pequeño cabo con un bosque de alisos. Allí iba yo a sentarme y, mirando a las aguas, tenía la impresión de que esa corriente sombría, después de haber bañado la aldea, me atravesaba el alma, dejando en ella un sedimento amargo y turbador.

«Conocía a una chica, bordadora de oro, a quien cortejaba con sanas intenciones. Me parecía que yo no le era desagradable. Pero ella empezó a ponerme mala cara y me preguntó con precaución:

— «¿Es verdad que tú has escrito en los diarios algo sobre nosotros, sobre la ciudad?

— «¿Quién te lo ha dicho?

«Después de algunos melindres me contó:

— «Tu escrito cayó en manos de Malachín, que lo leyó a todo el mundo, se burló de ti y se preparó para corregirte porque habías pasado al conde Tolstoy. ¿Por qué diste a Malachín ese escrito?

«La tierra tembló bajo mis pies. En mi novela yo hablaba

sin ninguna benevolencia del gobernador, del diácono, de todo el mundo. En realidad no le había dado a Malachín este malhadado escrito: él mismo lo había tomado en el correo. En ese momento mi amiga me dejó caer todavía otro poco de amargura:

— «Mis amigas se burlan de mí porque me paseo contigo. No sé qué hacer.

«Fuí a casa de Malachín.

— «Te ruego que me devuelvas mi manuscrito.

— «¿Para qué lo quieres—me respondió—puesto que te lo rechazaron?

«No me lo dió nunca. Este hombre me agradaba. He notado que así como los objetos inútiles son más agradables que los útiles, del mismo modo a veces nos gusta un hombre nocivo. Y hay todavía un ejemplo: ningún caballo de trabajo vale más que un caballo de carrera, y sin embargo los hombres viven del trabajo y no de la carrera.

«Llegó la Navidad. Malachín me invitó a disfrazarme y me transformó en diablo: me puso una pelliza vuelta al revés, cuernos de macho cabrío sobre la frente y una máscara en la cara. Se bailó y todo lo demás. Yo transpiraba y sentía que la cara me picaba de un modo insoportable. Volví a la casa; en la calle tres disfrazados pasaron gritándome:

— «¡Vaya con el diablo! ¡Corre que te alcanzamos!

«Traté de salvarme, pero me alcanzaron. No me pegaron muy fuerte, pero la cara me ardía a rabiar. ¿Qué tenía? En la mañana, cuando me acerqué al espejo, me la encontré con un color rojo vivo, las narices hinchadas y los ojos, tumefactos, me lagrimeaban. Descubrí que estaba desfigurado. Habían cubierto el interior de la máscara con algo corrosivo, y como yo había transpirado, la pomada me había arrancado la piel. Cerca de cinco semanas estuve cuidándome; temí perder la vista. Sin embargo, nada; todo pasó.

«Entonces me di cuenta de que no podía quedarme en la aldea. Me fuí sin decir nada. Desde entonces me paseo; hace ya treinta años».

Bajó y cerró los ojos con aire cansado. Parecía tener unos cincuenta años.

—¿De qué vive usted?—le pregunté.

—Soy palafrenero en las canchas de carrera. Le doy informaciones sobre los caballos a un periodista.

Y con una sonrisa lenta y buena, dijo:

—¡Qué nobles animales son los caballos! Nada puede comparárseles. Sin embargo, uno me rompió la pierna.

Suspiró y agregó dulcemente, como si leyera un verso:

—Es el que más quiero...

EL PASTOR

Timoteo Bortsof, un pastor de la aldea de Vichenki, no es un hombre trivial. Tiene algo de mago y de adivino, cura a los caballos y, a veces, a los hombres; es, también, «juez en asuntos familiares» y, como se llama el mismo sonriendo, «maestro en cestería». Sobresale en trabajos de mimbre: pequeñas balijas, cigarreras, cofrecitos y marcos que adorna con papeles de color y dibujos.

Los mujiks dicen de él, respetuosamente:

—Es un mujik de espíritu vivo, es nuestro ministro.

La chiquillería le teme y lo llama «Tío Tim». En general, toda la aldea siente gran estimación por la inteligencia de Bortsof, por su equidad, su vida sobria y su destreza. En las reuniones es el primer personaje, pero siempre habla el último, después de haber escuchado atentamente a todos los vocingleros.

Cuando no era sino aprendiz de pastor, un toro le dió una cornada en los riñones, y en su juventud los reclutas le rompieron las costillas. Por esto Bortsof camina balanceando de manera extraña su robusto cuerpo. Se diría que tiene el deseo de echarse a tierra hacia el lado derecho, pegando la oreja al suelo para sorprender allí algún secreto, pero que la tierra se le niega y lo aparta.

Tiene unos sesenta años, pero es fornido, de gran pecho y de rostro cobrizo. Sus dientes blancos y apretados están integros. Algunos mechones rojos se mezclan a sus cabellos grises; no parece encanecer su pelo sino enrojecer. Su cabellera es tan abundante y espesa que aún en invierno, durante los grandes fríos, no usa sombrero. Con el ganado y los pastorcillos ha adquirido una voz poderosa, pero al resto de la gente le habla con voz lenta e intencionadamente baja, como para que lo escuchen con más atención.

Sobre todo es filósofo. De vez en cuando va a la ciudad para vender sus trabajos de cestería. Ha visto mucho y reflexionado sobre todas las cosas.

De la mañana a la noche permanece sentado en el campo, sobre una colinita, a la sombra de un abedul solitario, o bien en las lindes del bosque, ordena con voz gruesa a los pastores, mientras sus dedos velludos tejen infatigablemente el mimbre: siempre hay cerca de él una gavilla.

—¿Por qué los hombres viven divididos?—se pregunta, y él mismo responde:

—Por la instrucción. Los hombres se dividieron el mismo día que inventaron esas escrituras, los libros, las leyes y los reglamentos. ¡Sí! Tú me mandas, pero yo no puedo comprenderte porque soy ignorante. Por ejemplo, tú eres médico de animales, *veterinario*, como dices; yo también sé algo de animales, pero no podemos entendernos porque la instrucción nos lo impide.

Mientras lo escucho miro su barda de dos colores, rojo y gris, en la cual está comprimida una gran nariz simiesca y de la cual brotan como dos leznas sus ojos verdes de sapo, de maliciosos resplandores. En cuanto a la boca, no la veo. Cuando Bortsof habla, se nota sólo que algo se mueve en su barba y que a través de los pelos luce la blancura fría de una ristra de dientes.

—Y tú estás frente a mí como un hombre de otra lengua, como un alemán. Lo mismo el comisario de la policía o cualquiera otra autoridad. Si me injuria, puedo entenderlo; pero en cuanto se pone a hablar cuerdamente, se hace un foso entre

nosotros. Yo estoy a un lado, él al otro y ambos no nos entendemos. Y el pope: ¿hay quién entienda lo que grita en la iglesia? Estar en la iglesia es como soñar; uno está bien pero es imposible entender nada. El preceptor es la misma cosa. Amontona a los niños y les enseña el aburrimiento durante años. Afortunadamente, los niños al crecer olvidan lo que aprendieron, que sin eso los mujiks también habrían dejado de entenderse. Tú ves, esta es la instrucción que causa a los hombres tanto daño.

Traté de convencerlo de lo contrario, pero sin éxito. Entrecerrando sus ojos arrugados, me escuchaba en silencio, haciendo tal gesto que su bigote salía de su barba como un manajo revuelto. Con aire estúpido y meneando su cabeza testaruda, decía con miserativamente:

—¡Qué hacerle, Dios mío! ¡No entiendo! No sólo no comprendo tus pensamientos sino que ni siquiera tus palabras. Examinemos un poco algunas palabras, ¿eh? Tú dices enseñar y yo entiendo araña, y al mismo tiempo te veo como una araña que tratara de envolverme en su tela como a una mosca. Y tú dices todavía que es necesario que todo el mundo se instruya. Pero eso es insensato, no habrá instrucción suficiente para todos. Alimento tampoco hay demasiado. ¡Ah!, allí tienes a dónde lleva la instrucción.

Es verdad que yo entendía que el pastor se burlaba de mí, pero yo también me había obstinado y tenía deseos de vencer la testarudez del tío Tim. Visiblemente esto le agradaba y cada vez sentía mayor placer en hablar cordialmente conmigo.

Pero después de una de esas charlas me alejé de Bortsof como una pelota golpeada por un bastón.

Una tarde, después de la puesta del sol, se había sentado en un banco cerca de su casa; frente a él, en el agua verde sombría y oleosa del estanque, las ranas croaban; los mosquitos rezongaban tras de nosotros. Bortsof echó a una canasta algunas briznas de mimbre y filosofaba indolentemente, recitándose la lección:

—Bueno: pongámonos de acuerdo: se necesitan hombres va-

lientes. ¿Pero qué es un hombre valiente? Digamos que será el que no roba, da limosnas, trabaja con celo: he aquí uno que sería el mejor. Conoce las leyes; no toca lo que no le pertenece, cuida de tu bienestar, no come hasta reventar y deja algo a los perros; «abrigate bastante y espera en Dios», he aquí lo que él sabe. Esta es la instrucción que necesita. Hombres como éste hacen la solidez de nuestro país, amo de todas las naciones. Este sostén de la tierra nutre a todo el universo y los diferentes pueblos vienen hacia él: los alemanes, los franceses, los turcos, todos vienen a sí. Bien sabes que muchas veces han tratado de conquistarnos; se arman como mejor pueden y marchan derecho sobre Moscú. Y él, sabiamente, espera. Cuando han llegado, los doce pueblos o más aún, entonces se levanta y ¡bum! Todos los agresores muerden el polvo, ¡y nada más! No queda huella de ellos. Y con los años cada vez son menos estos agresores y nosotros cada vez somos más numerosos. No se sabe siquiera qué hacer de nosotros.

«Mientras tanto—continuó—según tú, un hombre bueno es sólo un desgraciado y hasta podría decirse medio loco. ¿Qué es lo que hace? No se ve que haga nada. ¿Para qué sirve? Aúlla sin motivo sobre cosas que no son para dichas y por esto se le encarcela; he aquí cómo, según tú, se explica un hombre así.

«He conocido uno de éstos; conozco un montón de tipejos de toda laya. Más de una vez Su Nobleza el Ispravnik me ha dicho: «Tú sabes muchas cosas, Bortsof. Tienes una cabeza inteligente». Yo, bien entendido, lo saludaba muy humildemente, pero en mi interior sabía que era un imbécil. Desde que, siete años antes, su mujer había quedado inmobilizada por una parálisis de las piernas, permanecía frente a ella como un perro harto frente a una carroña. Murió el mismo año que ella, dicen que de pena. También se aseguraba que era un hombre bueno. Pero no había en él sino una cosa buena: su caballo. Yo lo cuidé. Era un macho firme, como tallado en bronce.

«El más divertido de este género de hombres era el hijo de nuestra propietaria, una mujer depravada: su marido la había

abandonado y hasta se había ido al extranjero. Era una mujer viva, de nariz aguda. Llevaba anteojos sujetos a la oreja con un hilo negro. Yo era médico, según ella decía. Ella también cuidaba a algunas personas. Una vez, en un incendio, se le quebró una pierna y esto la calmó.

«Su hijo Mitia era mi amigo; cuando chicos, jugamos juntos. Después él desapareció para ir a estudiar y durante muchos años no se le volvió a ver. De pronto—parecía que hubiera salido del pantano—, cuando yo era ya pastor, un día que estaba sentado en la linde del bosque tallando una flauta, lo veo correr hacia mí. «¿Me reconoces?» me preguntó. Se había puesto muy alto, flaco y calvo y llevaba anteojos como su madre. En la mano llevaba un palo terminado en un cucurucho de gasa, a la espalda una correa le sostenía una caja de hierro, sus piernas eran delgadas: era todo un payaso. Cazaba mariposas, cortaba hierbas y malezas como un mago. Me habló como antes, como si yo fuera todavía un pilluelo: «¿Te acuerdas?» Yo vi que la instrucción había hecho de él un imbécil. Tenía miedo de acordarme; entonces ya me había casado. Le pregunté: «¿Qué haces, Mitri Pavlovich?» «Escribo libros sobre la vida de los insectos». «Sí, dije yo, es una ocupación agradable».

«Observándolo bien, advertí que era bueno como un hombre borracho. Los labriegos se pusieron a desplumarlo: uno le preguntaba algo, el otro se le llevaba alguna cosa. Yo hice lo mismo. Tenía un sombrero de paja; era un hermoso sombrero, por él aprendí a trenzar diferentes chucherías. Bien entendido, por amistad no más recibí dinero de él.

«Tenía tanta inteligencia como un ratón. Se había instruido hasta el punto de perder el juicio. A veces decía: «Los mosquitos propagan las fiebres. Hay que tener cuidado con ellos». Yo, naturalmente, no me reía; ponía cara de hacerle caso y le preguntaba: «¿Cómo así?» Entonces él comenzaba a contármelo, ¡Señor! Mil palabras de un sentido no más grueso que el pico de un pájaro. O bien entraba al capítulo de los mujiks: La vida de los mujiks es dura. En ese instante tú podías pedirle lo que quisieras: «Nos ha ido mal, padrecito: ayúdanos». Te habría

dado cien rublos porque era lastimero como una mujer. Yo lo miraba y me decía: «Has querido tener doble vista y vives inútilmente. ¿Qué es lo que haces? Estás bien calzado, bien vestido, comes bien, arriendas tus tierras y tienes mucho dinero. ¿Qué más quieres, especie de imbécil?»

«Cogía los animalitos, lo olfateaba todo, mientras yo lo enviaba a los más sucios lugares de los pantanos. Hay allí en medio de la tierra pozos que tienen una profundidad inmensa. Si los pastores no tienen mucho cuidado y una vaca o un cordero cae allí, puedes ponerte luto. Desaparecen. Bien entendido, él también caía en estos sitios, allí se enredaba y se ponía a gritar».

El pastor fruncía el entrecejo y recorriendo su barba con los dedos, continuó bajito, con manifiesto desprecio:

—Una vez se melió hasta el cuello. Cuando lo sacamos, se quitó el traje y lo puso a secar en una zarza al sol. Entonces le dije a un joven pastor: «Nikolka, ve a esconder los pantalones del barin». El muchacho, contento por hacer una barrabasada, escondió los pantalones. Cuando el sol se entró, llevé el rebaño de nuevo a la casa y el barin se vió obligado a pasearse sin pantalones. Era un día de fiesta y había allí muchas mujeres y chiquillas. ¡Cómo se reían! Pero esto terminó mal para mí. Nikolka contó que yo había sido el autor de esta fantochada. Entonces Mitri vino a mi casa y me amortajó en un largo discurso. Estaba tan excitado que su cara estaba roja y se le saltaban las lágrimas. «He hecho por ti esto y lo otro, y tú...» A partir de ese día nuestra amistad se rompió, y él dejó de reconocermé. Por lo demás, cayó luego enfermo y, hacia la primavera, murió en la ciudad. Tísico...

«Este era sin duda un hombre bueno pero ¿qué tenía de útil? ¿Dónde ponerlo, en qué ocuparlo? Para mí era como una espina en un dedo. Entre los maestros he visto algunos parecidos. Ya se ha dicho: el maestro que no es tonto es imbécil. Un buey. Tuvi- mos un buen profesor, Pedro Alexandrovich. Este, a fuerza de instruirse, llegó a enseñarles a los chicos que el Zar era la causa de todo mal. No se ha podido saber qué era lo que le había hecho el Zar. Fedka Savin, decano del cantón, tuvo la idea de ir a

la ciudad por la policía. Se dió a Fedka una pieza de oro de siete rublos y medio. Respecto al profesor, los gendarmes vinieron una noche a buscarlo. Sí, ¡hay cada cosa!

«Lo repito: las gentes instruídas son gentes de carácter insensato, embrollador. Jamás he visto desprender de ellas una migaja de provecho, sino mucho despecho y odio. Tú también eres un hombre de buena salud, eres sencillo con la gente y comprendes algunas cosas. Pero a pesar de esto, hay en ti algo peligroso y no alcanzo a entenderte. ¿Qué es lo que necesitas? Yo por ejemplo, necesito una petaca de cuero para el tabaco. Sé que si te pido una petaca, la compras y me la regalas. Pero eso es porque el dinero te cuesta poco. Toda la bondad de vosotros los sabios nace de que el dinero no os cuesta muy caro, pues lo ganáis fácilmente. Ahora lo que necesitas, eso no lo sabes ni tú mismo. Mientras que esto en mí es claro como la luz. Yo camino, como si dijéramos, sobre un camino recto y tú das vueltas alrededor por los atajos».

El pastor cerró los ojos, levantó la cabeza, hizo resaltar la nuez de su cuello y extraños rugidos salieron de su barba: reía. Después volvió a hablar:

—Así el otro día tú dijiste: la tierra se mueve. Ya lo había oído decir antes. Se mueve porque la instrucción os ha dado vuelta la cabeza a todos vosotros. Entonces gritáis: ¡la tierra da vueltas! Mentira: la tierra no podría atreverse a dar vueltas porque el hombre lo impediría.

Los ojos de Bortsof brillaban victoriosos. Miraba el disco rojo de la luna en el cielo y observaba su reflejo en el agua oleaginosa del estanque.

—Tú no sabes qué tiempo hará mañana, mientras que yo lo sé: mañana hará mal tiempo. ¿Qué me lo indica? Tú no comprendes eso y no te lo diré.

Liando su cigarro, agregó con suficiencia:

—Un pastor siempre presiente el tiempo...

Esa noche, Bortsof se me hizo antipático. Perdí entonces el deseo de verlo y durante meses dejamos de encontrarnos.

Pero un buen día supe—no sé por quien—que el pastor te-

nía dos sobrinos huérfanos y les costeaba sus estudios, a uno en el Instituto veterinario de Kazan y al otro en el Liceo Vladimiro.

Al hallar a Bortsof en un almacén de cestería una vez, le hice algunos reproches:

—¿Por qué me mentiste tío Tim? Denigras la instrucción y la das a tus sobrinos, ¡y qué instrucción!

Cerró sus ojillos y, repasándose la barba, respondió:

—¿Quién me obliga a decirte la verdad? Por lo demás, el que dice la verdad recibe golpes. Rió como un fauno, balanceándose sobre las piernas y, guiñando el ojo, agregó despacito:

—Mis sobrinos son de mi sangre; tú eres un extraño, como quien dice un pordiosero que pasa. Entonces yo, como todo hombre sensato, trabajo en provecho mío. Que los míos se instruyan, pero no los demás, ¿Has comprendido?

Poniendo en mi hombro su pesada mano, agregó sentenciosamente, con condescendencia:

—Se dice; quieras que no, un pariente es un pariente. Por eso me dedico a los míos. ¿Crees tú que no deseo verlos llegar a ser señores? Bueno, fumemos...

Prendimos nuestros cigarros. Le dije, con tono de aprobación:

—Me has engañado, tío Tim. Eres un buen comediante.

Esto le desagradó, y gruñó:

—Otra palabra que no se entiende. ¡Eres muy divertido, por Dios! Es difícil, pues, para ti hablar como todo el mundo, en ruso:

decirme que soy un payaso. Vosotros los instruidos tenéis costumbres de monos...